Un borde abierto

Virginia Negro

Fotografía: Asociación de Regiones Fronterizas de Europa (ARFE)

La múltiple identidad del territorio fronterizo que divide México, Guatemala y Belice hace de este confín un lugar de intercambio y comunicación: una barrera porosa por la cual Europa empieza a interesarse.

—¿Eres mexicano? —le pregunto al muchacho, al cual doy treinta pesos para cruzar el Suchiate ("agua de flores", en náhuatl), el río que marca el límite entre México y Guatemala.

—Sí, de aquí, de Tapachula.

Tiene dieciséis años, me cuenta, mientras yo busco con la mirada mi pasaporte dentro de la mochila. Ya estoy segura de tenerlo conmigo, pero ver la esquina de cartón rojo de mi documento me tranquiliza antes de subir a bordo. Al final de la cuenta estoy atravesando la frontera ilegalmente. Igual que yo, decenas de personas cruzan de un lado al otro en barcos artesanales: las "cámaras", las llaman así porque están hechas de neumáticos de tractores puestos sobre una base de tablas. Hay quienes llevan cajas de alimentos, quien sólo una mochila, quien incluso una moto de carreras. Esta es la fotografía que tengo grabada de la frontera entre México y Guatemala.

Apenas desembarcada en tierra guatemalteca, soy testigo de una asamblea que se está teniendo en una carpa a la orilla del río, justamente entre estos peculiares gondoleros. Se establecieron en uniones informales, dividiéndose el trabajo. Los mexicanos de un lado y los guatemaltecos del otro, es decir, los primeros no pueden recoger pasajeros o mercancía del lado mexicano, ni al revés. El mexicano sale con su pasaje o su mercancía del lado mexicano para llevarlo a la otra orilla, pero no puede regresar con ninguna carga. Lo mismo opera al revés.

También los precios de transporte están rígidamente regulados, pasar de México a Guatemala cuesta treinta pesos, el equivalente a los diez quetzales necesarios si se quiere cruzar el río desde el lado guatemalteco.

Una imagen disonante respecto a la de la enorme pared insuperable que divide México de su vecino norteamericano, sobre la cual Donald Trump basó su campaña electoral. En cambio, la frontera sur es un espacio de autogestión.

Sin embargo, esta frontera lejana a Norteamérica tiene un papel clave en la dinámica migratoria de los Estados Unidos. El movimiento centroamericano hacia Estados Unidos continúa creciendo año tras año. A los miles de mexicanos que cruzan la frontera norte se añaden un número similar de El Salvador, Guatemala, Nicaragua y Honduras que deciden dejar su tierra con la idea de cruzar el vasto territorio mexicano para llegar a Norteamérica, pero son cada vez más las personas que buscan refugio en México. Sigue creciendo el número de poblaciones que escapan de la pandemia de violencia que las pandillas están sembrando en estos países.

Por eso la frontera sur es un territorio estratégico para las políticas norteamericanas. Alan Bersins, jefe del Departamento de Seguridad Nacional de Washington en 2012, en una conferencia de prensa, definió la frontera terrestre de Chiapas como "la segunda frontera sur de Estados Unidos".

Javier Zamora es un salvadoreño de treinta y un años graduado en Berkeley, y cuenta su viaje a Estados Unidos. Llega a Guatemala con su abuelo, y luego continúa solo hacia el norte. Tiene nueve años. En su reciente libro de poesía *Unaccompanied*, recuerda la guerra civil que aterrorizó a su país durante más de una década. El último poema de su libro está fechado: 10 de junio de 1999, el día en que Zamora cruzó la frontera. "Hoy, como ayer, emigramos por la pobreza y la violencia", dice. "Durante mi travesía, de los siete de nosotros, dos eran pandilleros, tratando de huir de la violencia y las maras en San Salvador. Yo, una madre y su hija, estábamos huyendo de la pobreza. Los otros dos, no sé, pero es una mezcla de estas dos razones, las mismas razones por la que todavía emigramos: pobreza y violencia".

Las guerras ya terminaron mientras la violencia aumenta. Una situación que padece toda la población, especialmente algunos grupos más vulnerables.

Los responsables del Centro de Derechos Humanos fray Matías de Córdova, aquí en la ciudad fronteriza de Tapachula, destacan el aumento de las personas migrantes gays, bisexuales, transgénero e intersexuales (LGBTI): "En Centroamérica una persona transexual no vive más de 35 años", dice Patricia, una transexual activista procedente de El Salvador, y ahora residente en Tijuana. Los llaman "crímenes de odio".

Las cifras más recientes muestran un número importante de centroamericanos cruzando la frontera como indocumentados: sólo de octubre a agosto de 2016 hay alrededor de 103 000 personas según datos oficiales del Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos. Mientras el último informe

de Amnistía Internacional comenta que casi noventa por ciento de estos migrantes abandonan su país natal debido a amenazas de muerte. El cierre de las fronteras a las llamadas de ayuda como refugiados en México y en los Estados Unidos es una violación del marco internacional de los derechos humanos, denuncia la misma Amnistía International

Si la iniciativa de la administración Trump de construir un muro fronterizo es agresiva en su declaración de intenciones, las prácticas que en México se realizan no son menores, ya que son cotidianos los abusos hacia los migrantes centroamericanos por parte de las organizaciones criminales y de las instituciones.

El Centro para la Protección de los Derechos Humanos fray Matías de Córdova ha denunciado un alarmante número de casos de tortura, y no son raros los casos que involucran a la policía mexicana. De 2007 a 2016, la CNDH (Comisión Nacional de Derechos Humanos) informó de casi 8 000 denuncias por tortura. Una verdadera crisis humanitaria exacerbada por el terrible mercado de trata de personas.

El territorio de esta frontera sur es selvático, el lado chiapaneco montañoso, en algunos tramos delimitado por ríos, es difícil de gobernar y tiene poca infraestructura vial. Pero lejos de ser desolado, es el corazón comercial de la región; en algunas partes hay más intercambio cotidiano, como en las regiones del Soconusco y la Meseta Comiteca, en Chiapas, o en el municipio de Tenosique (por El Ceibo) en Tabasco, o en el municipio Othón P. Blanco (por Subteniente López) en Quintana Roo. También esta frontera es un complejo espacio geográfico donde México, Guatemala y Belice comparten importantes recursos naturales y cuencas hidrográficas. Por todo ello, la Comunidad Europea empieza a prestar atención a la especificidad de este espacio. A partir de este año, ARFE, la Asociación de Regiones Fronterizas, junto con AEXCID, la Agencia Española Extremeña de Cooperación, desarrolló un proyecto de cooperación entre los tres países vecinos. De momento se organizó un Foro Internacional en Tapachula en colaboración con la academia —El colegio de la Frontera Sur, ECOSUR— algunas organizaciones de la sociedad civil y la participación de gobiernos estatales, para poder conectar a diferentes pobladores y conocer el abanico de problemas que enfrentan estos países, y sus interacciones de cooperación transfronteriza. Está previsto para mayo del próximo año un nuevo encuentro, pero esta vez en Guatemala, donde se intentará aterrizar la precedente experiencia. La gran temática sigue siendo la del flujo migratorio.

—¿Yo? —pregunta el muchacho que me regresa en la "cámara" hacia el lado mexicano, un hombre de casi treinta años con una mirada luminosa— Yo vengo de Honduras.